

## Los perfiles del rey

ALFREDO HINCAPIE\*

Aguardo aquí, expectante, mordiéndome las uñas. Porque usted bajará pronto, míster. Como cada noche, en punto de las siete, bajará. Lo ha hecho desde hace más de medio siglo con el mismo rigor férreo de su ancestro. En muy pocas ocasiones se ha permitido un ligero descuido, un pequeño desliz. Siempre ordenado, puntual, escrupuloso en todas sus cosas. Nunca vimos una mancha empañando la sobria elegancia de sus trajes, ni papel disperso que en su oficina rompiera la mecánica de sus prejuicios estéticos. Ni el más mínimo detalle, aunque fuese el más trivial, escapaba al rayo certero de sus ojitos parduscos. Los mismos ojos que parecían expeler efervescencias demoníacas cuando las cosas marchaban mal. Lo recuerdo bien, míster. Cuando algo no se ajustaba a sus caprichos le atacaban esos síntomas. Tartamudeaba con su voz agringada, sus manos pecosas olvidaban la fina mesura inglesa de los mejores años y su cara inmensa adquiría tonalidades más intensas cada vez. La metamorfosis no requería de luna llena, ocurría así porque sí, de un momento a otro, sin darnos tiempo para disfrutarlo en grande. "El cumplimiento ante todo, señores", nos solía recalcar a diario. Nosotros asentíamos con la cabeza, con nuestro premeditado mutismo, y usted expandía el pecho, sentía un sople de aire fresco. Las reglas del empleado modelo tenían su sello personal. Un buen empleado debía planificar las acciones laborales, debía pensar el patrimonio de la empresa como suyo y, sobre todo, debía sopesar las palabras, sujetarlas por las bridas, antes de que fuese demasiado tarde. Verbo innecesario, míster, cháchara sobrante. Y para muestra el botón de sus tediosos sermones de fin de año. Durante esas reuniones nos codeábamos, mirá-

\* Miembro del Taller de Escritores de la Universidad Central. Con este cuento ganó el 2o. premio del Concurso Nacional. "Fundación Testimonio" 1986.

bamos de soslayo: pero, eso sí, nos revestíamos ante usted con una expresión solemne de respeto y humilde aceptación. No lo dude un instante, míster. Bajo esa periferia resignada, y ese acatamiento diligente, bullía el gusano, la chispa de la combustión.

Los perfumes del rey

Apoltronado en su blando sillón, la pipa humeando entre sus labios amarillentos, fija la atención en un rumazo de papeles, usted veía crecer a diario la producción y los predios de la fábrica. No se acababa aún de recoger el papel picado, las serpentinas multicolores de una inauguración reciente, cuando su agudeza visual ya le permitía vislumbrar la construcción de una nueva factoría, igual o mejor que la anterior, extensa, bien equipada. Los negocios no podían ir mejor, míster. La trama funcionaba, los piñones giraban, encajaban uno a otro. Sus alcances superaban cualquier augurio, por entusiasta que fuese. Además de satisfacer algunos antojos exclusivos y toda suerte de apetencias, compró una nueva mansión —un humilde techo para guarecer a los suyos de la furia celeste de los elementos, según la socarrona versión que improvisara después ante sus amistades—, llena de sofisticados detalles, diseñada de acuerdo a un riguroso corte sajón en su arquitectura. Ni más ni menor. Igualito a ese género cinematográfico de opulencias legendarias. ¡Buenos tiempos aquellos!. La taumaturgia del dinero lo transforma todo, míster. Esa es la verdad. Su teoría tomaba forma, se hacía evidente: el hombre de la cúspide, el más elogiado, reposa siempre sobre un lecho abundante de papel moneda. Natural, apenas lógico. El desenfreno no admitía límites. En orden gradual se multiplicaron los correligionarios de la corte, los lazarillos sentimentales, y sus amigotes, esos de palmadita fraternal sobre la espalda. Abundaban invitaciones de toda clase, reuniones selectas, pequeños excesos clandestinos en su intimidad al calor de unos buenos whiskys. Cosas del poder, míster, fugas efímeras nada más. La proyección inigualable de su risa fue el ejemplo clásico en los grandes aquelarres financieros, en los recuadros de los periódicos junto a personajes importantes. Seguro, míster. Pero usted no estaba satisfecho de sus proezas. Nunca lo estuvo. Usted quería más, exigía más. Nos exprimía el alma como a las toronjas de su frutero chino. Ahí radicó el error, la precipitación de sus desaciertos. Nosotros lo habríamos aceptado, aunque sea a regañadientes, si usted no aprieta tanto las clavijas. Al comienzo, créame míster, le llegué a tener cierto aprecio. Mi saludo, con ceremonia y todo, era sincero. La culpa fue suya. Usted empezó a angostar el

camino, a despedir gente a montones dizque "por una manifiesta incompetencia", tal y como decían esas cartas. Puro cuento, engañosas retorcidas. La causa real la pillamos un lunes en la mañana, eso no lo podré olvidar. Fueron necesarios muchos hombres; primero para bajarla por partes de un inmenso camión y luego para instalarla. Quedamos atónitos, azules al verla funcionar. Nos costaba mucho creerlo. Ese monstruo de mil tentáculos, maldición de otro mundo, reemplazaba impávido los brazos y las mentes de toda una sección de gente bien entrenada. Sí, místico. No había nada por hacer, no valían pataleos ni chillidos. Llevábamos las de perder frente a la maldita tenaza descabezadora. Jodidos nosotros, jodida la patria. Los orificios del tamiz se redujeron a niveles de escándalo. Un parpadeo a deshoras, un bostezo irreverente, un ligero traspies, cualquier tontería significaba el pretexto suficiente para mandar al diablo a más de uno. Claro, usted comprenderá, la cuestión no podía quedarse de ese tamaño; la cuestión se le puso fea, se le puso agria. Comenzó el ¡blan! ¡blan! de los tarros vacíos frente a sus instalaciones privadas, las proclamas incansables de protesta, y hasta se llegó al colmo de la agresión, allí mismo, en su propio fortín. Usted de inmediato tomó sus medidas. Obvio. No faltaba más. No podía arriesgar su ajeja anatomía de lord inglés frente a esta chusma. En adelante lo vimos acompañado por un par de gigantones. Esos tipos parecían perros de presa, siempre erizados, amenazantes. Lo comprobamos el día en que Rodrigo, uno de los compas más antiguos, encontró la cochina carta en su lugar de trabajo. El viejo Rodri perdió el control, es cierto, pero esos trogloditas no tenían derecho a golpearlo así ni a ensañarse como lo hicieron. El pobre estuvo en cama por varias semanas, apenas con la fuerza suficiente para maldecirlo a usted y a toda su prosapia. La violencia, mi malquerido místico, es una pésima compañía, una mala asociada que no genera buenos dividendos. De ahí la respuesta, místico: Seguimos la táctica de las amibas ante los purgantes: no vimos obligados a enquistarnos en una poderosa brigada de defensa. Lo empezamos a odiar de diferentes maneras. Luis poseía un odio truculento, lleno de osadías; Fercho uno más audaz todavía; en cambio mi odio tenía una textura diferente, una belleza extraña, desconocida. Seguro, místico. Estas cosas no deben sorprenderle. Muy en el fondo lo sabía, intuía la presencia corrosiva de nuestro rencor en los costados. Sabía que despreciábamos desde lejos la influencia de su imagen, el veneno humeante de su pipa que saturaba los rincones, se adhería a los objetos, y de una manera asfixiante multiplicaba su presencia. Sin verlo adivinaba-

mos cada una de sus manifestaciones. Estábamos hartos, ¿lo oye bien?, hartos del ruidito sigiloso de su limousin al llegar, del siseo de sus pasos largos al contacto con el piso, marcando una armonía estudiada, acorde a su glamour inglés; pero, ante todo, nos hartaba esa tosecita constante de lebrél asmático que le acompañaba en sus minuciosos recorridos. A pesar de estos rencores, de su actitud represiva, intentamos pactar, dialogar como gente civilizada. Ya ve usted; no fuimos tan ratas. Le juro que agotamos todas las fórmulas. Formamos comisiones de diálogo, enviamos cartas, respetuosas sugerencias. Intentos inútiles. Cero, nada de nada, al final usted no cedía un milímetro. Sin embargo, míster, hay algo claro a su favor: esa manerita suya muy sutil y delicada para decir “no” con toda su bocota maloliente, ayudándose, eso sí, con simpáticas frasecitas gringas.

Esta parece ser la hora de las confesiones, míster, la hora cero. Me gusta el juego abierto, sin comodines bajo la mesa. Usted lo sabe bien, viejo chacal, no se me haga el de la vista gorda. Los hechos transcurrieron anudados, en perfecta secuencia. No permanecemos aletargados, ni padecemos en silencio la espina incrustada. ¡No!. Nosotros actuamos. Usted no nos dejaba otra salida. Si aguardábamos más tiempo sería tarde. Pronto estaríamos en la calle, aislados, engrosando el ocio de los bancos del parque como los demás. Actuar actuar, teníamos que actuar y eso hicimos. Gozamos sin límite, saboreamos a cada paso esa corta revancha. Porque la venganza es mucho más dulce de lo que afirman por ahí. Entiéndalo, míster. La venganza es lo máximo, la cima perpetua, algo similar a compartir la ambrosía con el divino Zeus, la doble faz de la otra justicia, el estuario donde confluyen todas las rebeliones. Así es, míster, más poético que ético o viceversa si usted quiere. Así es, diga que lo ha olvidado. ¿Acaso ya no recuerda esos pequeños desastres, esas funestas coincidencias en un período tan corto? ¿Recuerda la misteriosa pérdida de papeles importantes de su escritorio? No era casual, no señor. Ese trabajo lo hacía Juanita, la aseedora, ella pertenecía a la brigada. Cositas de esa pelambre, extrañas averías en su auto, los daños en las líneas telefónicas que tanto lo hacían rabiar. Jugarretas en las que todos colaborábamos, todos metíamos mano. Un día uno en llave con otros dos, después otro y así por el estilo. Nunca nos pilló en esas travesuras, no nos pudo probar nada. Usted se reservó, su mejor jugada vendría después. Mientras tanto las travesuras continuaban. La más excitan-

te fue la misión 'vidrieras', bautizada de ese modo por unanimidad. Pasada la medianoche, cuando calculábamos que usted dormía como un angelito, y su par de guasones hacían otro tanto frente a su casa, nos ubicamos en sitios estratégicos. Sólo se percibían diez siluetas semiocultas en la penumbra, agazapadas tras los árboles, los antejardines o los postes. Cada uno bien camuflado en su improvisada trinchera, armado con escopeta de perdigones o cauchera y dispuesto a correr el riesgo. La misión resultó dinamita. Fue fantástico escuchar el ¡krash! de los gigantescos cristales de sus ventanas haciéndose añicos. Y usted, siempre usted, se convirtió en el mayor espectáculo. Salió enloquecido de ira con un antiguo revólver apuntando y disparando a cualquier parte. Lo vimos correr en todas direcciones sin decidirse por ninguna, y azuzar a sus dos gorilas, todavía adormilados, con berridos increíbles. De nuevo y gracias a nuestra ayuda perdía usted su estilo. Una lástima, ¿verdad?. Esa noche brillante aguardamos el amanecer pegados a un tocadiscos gangoso y a unas cuantas botellas de aguardiente, sin que faltase, desde luego, el brindis a su mala salud, míster. Su situación en la mañana sería previsible desde el gruñido inicial a la entrada: las pronunciadas ojeras por el agitado trasnocho, el dolor de cabeza que se traslucía en sus expresiones temblorosas, y el constante ir y venir de Juanita en busca de sus pastas para nervios.

El ambiente hostil entre ambas partes continuaba vigente. Se notaba con claridad en sus expresiones reticentes o en las frases insinuantes que dejaba usted sin terminar. La ventaja estaba de su lado. Usted escogía la trampa e hilaba los ardidés. Nos empezó a presionar aún más, utilizó todos los medios a su alcance. Jugó sucio, míster, muy sucio. No se despide la gente así no más, sin ninguna advertencia. No, mi mal-querido míster, así no. Mire que reducir el tiempo de almuerzo y aumentar el trajín diario no es una jugada de caballeros, no es una acción digna de un gentleman como usted. El asunto se puso peliagudo. Uno a uno se fueron yendo los amigos más leales, la gente más clave. Pero nanay, usted no consiguió su objetivo. La brigada no se disolvió, por el contrario, reanudó su actividad con pólvora en los cojones, capoteándole los golpes bajos a su artillería. No reunimos varias noches seguidas con la gente de afuera y los pocos de confianza que aún quedábamos en batalla. La cosa pintaba bien, míster. Trazamos un plan en grande, algo punzante para estremecer cada

una de sus fibras. Analizamos los detalles, los posibles errores, todo parecía perfecto. Hasta nos dimos el lujo de descartar el rumor insistente de un infiltrado en el grupo: "no hay tal", dijimos todos a una. La operación "fogata" estaba en marcha. La llevamos a cabo durante las horas extras, en una de sus ausencias obligadas, de ese modo nos vimos librados de tanto moro en la costa. Luis, Carepuño y otros cuantos conmigo organizamos, o mejor dicho desorganizamos el asunto por dentro. Entretuvimos a los celadores, a los posibles soplones con estudiadas artimañas, con agilidad felina abrimos las puertas de acceso, apilamos los muebles de madera mientras los de afuera entraban la gasolina, y en una gran colina fuimos amontonando papeles, erigiendo el alma de la pira para acelerar el proceso. Hasta ese momento fuimos grandiosos, fenomenales, ¿no le parece?. No es inmodestia, míster, pero igual a nosotros ni el mismísimo Mandrake con sus malos trucos. Al comienzo resultó fácil, con movimientos de avanzada, precisos, eficaces. La estrategia pirómana parecía un hecho consumado, las cosas estaban dadas para otra gran victoria; la victoria definitiva, la crucial, míster, la que le haría lloriquear como un mocoso malcriado. Bastaba un peldaño más para paladear el dulcísimo néctar, sólo uno. Sin embargo, pareció confirmarse lo que alguien me susurraba hace algún tiempo al oído: (el paso hacia el siguiente peldaño puede significar la culminación de la cima o puede ser una caída vertiginosa hacia el vacío. Ya lo sé; fracasamos pese a mordisquear el objetivo. La vida no nos dejó más opciones. Caímos, míster, es cierto. El plan, el futuro, la ilusión, todo se fue al demonio. Pero no crea, en ningún momento nos hundimos en su mismo fango hediondo. Nosotros sobreaguamos, nos negamos a ser partícipes de su averno, adquirido al contado en una buena casa de anticuarios. Sí, míster. Usted, todo un aficionado a la hípica, debe reconocerlo: se salvó por una nariz. Apenas cuando yo iba a tener el honor de raspar el fósforo para convertir sus oficinas en una hermosa caldera de cenizas, usted hizo una entrada sorpresiva. De repente nos vimos rodeados de polizontes que repartían bolillo sin compasión y apuntaban amenazantes con sus armas. Un cálculo errado, un obstáculo imprevisto, algo falló. Tal vez lo del espía era mucho más que un simple rumor. En esa ocasión, por última vez, le vimos perder su aplomo, sus acendrados modales. Gritaba, promovía pestes con su lengua aprovechando nuestra impotencia. Nos daba cólera, míster. Estaba mal, muy mal, que usted aprovechara la situación para insultarnos así. Aún en desventaja no dejamos pasar ese momento sin retribuirle su odio, no sin antes bombardearlo con el mayor número de calificativos nauseabundos de

que fuéramos capaces. Ya no nos inspiraban el más mínimo respeto sus ojitos parduscos. Segurísimo, míster. En el instante nuestro único anhelo era exprimirle el cuello rugoso y arrancarle las escasas hebras ralas de su pelo a manotazos.

Se acabó la diversión. Nos enjaularon como pajarracos de mal agüero. Otra vez usted ganaba. Fueron cinco años, míster, casi igual a cinco eternidades encerrados bajo una misma sombra de concreto. Usted se valió de su influencia para aniquilarnos, se inventó cargos que nunca existieron. Su imagen de sobrado triunfalismo quedó impresa, taladrando, aquíjoneando en la memoria. Usted nunca podría entender lo que significa tapiar el horizonte, reducirlo a un cuarto estrecho, malsano, asediado por la humedad. Usted sólo conoce de camastros mullidos y de cifras con muchos ceros. Metálico sólido, tintineante, eso es lo suyo. Jamás, míster, sentirá en su pellejo lo que es postergar la esperanza, asfixiarla con las manos, para extinguirse con ella poco a poco. Eso quedó atrás, incrustado en el pasado, pero sigue ardiendo, allá, muy adentro. En mi mente aún desfilan, en secuencias repetitivas, esos pesados vacíos, largas, larguísimas horas sumido en la letargia que exudaban los muros de esa fosa común, imaginaba su rutina diaria, la pincelada uniforme de sus actos. Lo veía llegar justo a la oficina con sus pasos largos, lo ubicaba en su sillón dando órdenes por los cuatro costados, casi percibía sus formas pulcras para tomarse el habitual tinto doble, y, ya por último, lo veía alejarse, medio disuelto entre su tufo de tabaco y su miseria, procurando no perder un sólo instante su talante autoritario. Con frecuencia enfermiza buscaba su foto, noticias recientes sobre usted en los periódicos. Comprobaba sin sorpresa que su sonrisa magra seguía intacta, es más, había adquirido cierta renovación insoportable. Reflejos suyos, míster, perfiles breves en la faz de sus múltiples espejos. Avaros de muchas poses, actores de segunda entre bambalinas. Esas fotos, que yo coleccionaba en un álbum especial, lo testificaban, hablaban por sí mismas. En ellas, no se por cuanto tiempo, repasaba cada uno de sus rasgos, y, con dificultad, me contenía para no echar a perder su delicada fisonomía al rasgar su imagen a girones. Y todo, míster, porque me gustaba retener su estampa fresca en la memoria, vivificar en sus facciones el deseo de venganza. Sí, míster. Ningún pensamiento tenía tanta fijación en mí como el de la venganza. Debe creerme; la configuraba en mi mente de mil maneras diferentes, con infinidad de variantes, sólo había

un punto en común en todas ellas: usted terminaba convertido en papilla, en compota humana, gracias a la providencia de mis manos.

Sé que bajaré, mister, en punto de las siete, como siempre. Fiel, apegado a la costumbre, forrado en su gabán, atento a la agresión de cualquier silueta sospechosa que emerja de la sombra, listo para desmenuzarla a golpes con su viejo paraguas londinense. De un tiempo para acá, usted olfatea en cada recodo, tras el umbral de cada puerta una confabulación de fantasmas. Se le ve inseguro, 'nervioso en los últimos días. Tal vez recibió mis telegramas, el repiqueteo de las llamadas anónimas en su teléfono privado. Tal vez por eso decidió organizar ese viaje de vacaciones tan sorpresivo, tan insólito en usted, tan alejado de su itinerario normal. Un ratón, eso es, usted se ha convertido en un ratón asustadizo. Los años quizá o el temor inapelable, le han hecho vacilar por primera vez. ¡Duda usted, mister! Admítalo. Tiene miedo; vuelve a ser estúpidamente humano. Nada puede cambiar el engranaje del destino ni su juego exacto de piezas. Usted bajará y una luz se apagará del quinto piso. En el ascensor alimentará su pipa con picadura y, exacto, en el momento justo, dará un paso al frente con la certeza de que las puertas se abrirán. Abajo lo recibirá Marquitos, el portero, con los candados en las manos, la risita usual en sus labios gruesos, la sumisión detestable fija en sus ojos vidriosos. Tal como otros días, usted será el último en dejar el edificio. Atrás, invadida por la oscuridad, quedará la fría estructura de hormigón que usted ideó metro a metro, la sustentación de ese abultado orgullo. Los resagos de un viento extraviado le golpearán el rostro de frente, le traerán en ráfagas heladas los susurros de una pareja amancebada o el perfume barato de los mariposos.

El trecho hasta el parqueadero es demasiado breve para sus pasos largos, el trozo de calle muy escaso. Velo tenue entre el día y la noche, puente frágil entre la vigilia y el reposo de las viejas osamentas. A lo lejos lo alcanzo a ver en compañía de sus dos gorilas. En el ambiente presiento su aire denso a reliquia isabelina, sus ojitos proyectando destellos, escrutando los rincones. Aún se conserva bien erguido, como alimaña de laboratorio entre formol, su altivez permanece intacta, el tiempo apenas si le ha rozado en estos

cinco años. Tosecita de perro en intervalos, indumentaria inmaculada, colores negros sobre su figura kilométrica, pasos largos avanzando hacia el abismo. Ya se encuentra a media cuadra y mi dedo tiembla en el gatillo. El golpe de sangre se intensifica en las sienas, eriza la piel, arroja imágenes grotescas hacia las retinas. Ya se acerca, se siente observado. Viene de prisa, quizás lo presiente. Se niega al retraso. Imposible perder un segundo, debe cumplir la última cita con exactitud. El escrúpulo inglés ante todo, míster, el escrúpulo inglés. . .